

ción de que no la amaba y de que quizá no la había amado nunca. Mientras se había sentido fuerte, había luchado contra su corazón, su salud, su juventud que la llevaba á echar á correr para juntarse á él. Pero desde que estaba allí pegada, debía resignarse: todo había concluido.

Una mañana, en ocasión en que Hubert la instalaba en el sillón, poniendo un cojín bajo sus piecitos inertes, Angélica le dijo sonriendo:

—Ahora sí que estoy bien segura de que no me he de escapar.

Hubert se apresuró á bajar, ahogándose, y temiendo que estallaran sus sollozos.



Una noche, Angélica no podía dormir; el insomnio tenía sus párpados abiertos, en medio de la gran debilidad que la tenía postrada, y como los Hubert se habían acostado, y faltaba poco para que dieran las doce, decidió levantarse, á pesar del gran trabajo que esto le costaba, sintiendo de pronto miedo á morir si continuaba en el lecho.

Se ahogaba: púsose un peinador y se arrastró hasta la ventana, que habrió de par en par. El invierno era lluvioso, impregnado de una húmeda suavidad. Luego se dejó caer en el sillón y subió la mecha de la lámpara, que se dejaba encendida toda la noche sobre la mesita, en la cual, al lado de la *Leyenda de oro*, había el ramo de malvarrosas y hortensias. Para darse cuenta de que vivía cogió el bastidor y dió algunas puntadas, temblándole las manos: entre sus dedos blancos parecía que brotaba sangre de la seda roja de una rosa, como si fuese la sangre de sus venas, que iba brotando gota á gota.

¡Cosa rara! Se había revuelto dos horas entre las sábanas ardientes sin poder conciliar el sueño, y ahora cedió á él, al poco rato de estar sentada. Su cabecita, apoyada en el respaldo, se inclinó un tanto sobre el hombro derecho: tenía sus manos inmóviles la aguja con la seda: parecía que seguía trabajando. Muy blanca y muy tranquila dormía á luz de la lámpara, que

daba al cuarto la quietud y la blancura de una tumba. Palidecía la luz en la enorme cama, con sus cortina de indiana rosada desteñida. El arca, el armario, las sillas de encina antigua, se destacaban y manchaban de luto las paredes. Deslizáronse algunos minutos. Angélica dormía muy tranquila y muy blanca.

De pronto se oyó un ruido, y en el balcón apareció Feliciano, pálido y adelgazado como ella, y temblando: el semblante trastornado. Iba á saltar, cuándo la vió hundida en el sillón, á la luz de la lámpara, hermosa é inspirando ternura. Una pena infinita comprimió su corazón; se adelantó, se arrodilló y se hundió en una contemplación desolada.

¿Ya no existía? La enfermedad la había agotado hasta tal punto que parecía, que no pesaba, y que se había posado allí como una pluma que al menor soplo iba á volar. Veíase en su claro sueño su sufrimiento, y también su resignación. Era ella, con su gracia de lirio, con el vuelo de su delicado cuello entre los dos hombres, su cara larga y transfigurada de virgen que vuela al cielo. Los cabellos no eran más que luz, y su alma de nieve brillaba á través de la seda trasparente de su piel. Era hermosa con la hermosura de las santas suavidades de su cuerpo, que le deslumbraba, y le desesperaba, y le tenía embargado é inmóvil, con las manos cruzadas. No despertaba, y seguía á sus pies, mirándola.

Un ligero aliento de los labios de Feliciano debió besar la cara de Angélica, porque de pronto ésta abrió los ojos...

No se movió, y le miró á su vez, sonriendo como en un ensueño. Era él: le reconocía, á pesar de estar tan cambiado; pero creía soñar, pues la sucedía muchas veces verle así, en sueños, lo cual aumentaba su dolor al despertar.

Feliciano extendió hacia ellas las manos, y habló:

—¡Alma mía, te amo! Me han dicho que estabas ma-

la, y he venido. Aquí estoy: te adoro.

Angélica se levantó con prontitud. Temblaba y se pasaba los dedos por los párpados maquinalmente.

—No lo dudes. A tus pies estoy, y te amo siempre.

Entonces Angélica gritó:

—¡Ah! ¿Eres tú? No te esperaba... ¿Eres tú?...

Y á tientas cogió sus manos, para convencerse de que no era una visión fugaz del sueño.

—Me amas siempre, y yo te amo, ¡sí! á pesar de todo, y mucho más de lo que creía poder amar.

Fué como un aturdimiento de dicha: un primer minuto de alegría absoluta, en que todo lo olvidaron, entregados á la certidumbre de amarse todavía y decirse-lo. Los sufrimientos de la víspera, los obstáculos del día siguiente habían desaparecido. No sabían cómo estaban allí; pero allí estaban, confundiendo sus dulces lágrimas, estrechándose con un casto abrazo, é embargado por la compasión, ella tan demacrada por la pena, que Feliciano no tenía de ella entre sus brazos más que un ligero aliento. En el encanto de su sorpresa, Angélica había quedado paralizada, vacilante y feliz en el fondo de su sillón, no encontrándose, incorporándose á medias, para volver á caer en la embriaguez de su alegría.

—¡Ah, mi señor amado! Mi único deseo se ha realizado ya; te he vuelto á ver antes de morir.

Feliciano alzó la cabeza con un ademán de angustia:

—¿Morir? No, no quiero. Estoy aquí, y te amo.

La pobre sonreía angelicalmente.

—Ya puedo morir, puesto que me amas. Ya no me asusta; me dormiré así, sobre tus hombros. Dime una vez más que me amas.

—Te amo como te amaba ayer, como te amaré mañana, y, no lo dudes: esto es eterno.

—Sí, para una eternidad nos amamos.

Angélica, extasiada, miraba con los ojos perdidos en la blancura del cuarto... pero de pronto pareció despertar... y al fin reflexionó en medio de la inmensa felicidad que la había aturcido. Y se quedó sorprendida.

—¡Me amas! ¿Por qué no has venido antes?

—Tus padres me dijeron que ya no me amabas. Yo también estuve á punto de morir; pero cuando he sabido que estabas enferma, me he decidido, á venir aunque me arrojen de esta casa, cuyas puertas me cerraron.

—Sí, mi madre me decía también que ya no me amabas, y he creído á mi madre, porque cuando te vi con esa señorita, creía que obedecías á Monseñor.

—No; esperaba: pero he sido cobarde, y he temblado delante de él.

Hubo un momento de silencio: Angélica se incorporó, su cara se volvió dura, y cortó su frente una arruga de cólera.

—Entonces, nos han engañado á los dos; nos han mentido para separarnos. Nos amábamos, y nos han torturado, y casi nos han matado. Pues bien; esto es abominable, y esto destruye nuestros juramentos. Somos libres.

Un profundo desprecio la mantenía en pie: ya no sentía mal alguno, y volvíanle las fuerzas con el despertar de su pasión y de su orgullo. ¡Haber creído que su ensueño había muerto y de pronto volverlo á encontrar vivo y radiante, y decirse que no había desmerecido el uno para el otro y que otros eran los culpables! Un engrandecimiento de sí misma, la seguridad de vencer, la exaltaban y la arrojaban á una suprema rebelión.

—¡Vamos! ¡Partamos! dijo sencillamente.

Y andaba por el cuarto, con valentía, con toda su energía y voluntad. Cogió un pañolón para echárselo sobre los hombros; otro pañuelo para la cabeza bastaría.

Feliciano lanzó un grito de felicidad al verla adelan-

tándose á sus deseos, porque no pensaba más que en la fuga, sin dar con la audacia de proponérsela. ¡Partir juntos y desaparecer y cortar de un golpe todos los obstáculos! Y esto en seguida, evitando hasta la lucha de la reflexión.

Angélica abría cajones y los cerraba violentamente, sin coger nada, llena de exaltación creciente.

¿Es decir, que se atormentaba hacía muchas semanas trabajando por borrarlo de su memoria, y hasta creía haberlo logrado, y nada, habría que volver á aquella lucha? No; no podría. Ya que se amaban, era mucho más sencillo casarse: poder alguno podía ya separarlos.

—Vamos, ¿qué me llevo? ¡Qué tonta era con mis escrúpulos infantiles! ¡Cuando pienso que hasta han llegado á mentir! Dime: ¿hay que tomar ropa blanca, vestidos? Este es de más abrigo... ¡Y me habían metido en la cabeza un montón de ideas y de horrores! Hay el bien y el mal; lo que se puede hacer y lo que no se debe hacer, cosas muy complicadas, que le vuelven á una tonta. Dicen mentira; no es verdad: en la vida no hay más que la dicha de vivir y obedecer á su propio corazón y amar al que ama. Tú eres la fortuna, y la belleza, y la juventud, mi adorado señor, y yo me entrego á ti, y mi único placer eres tú, y haz de mí lo que te plazca.

Y triunfaba en la llama de todo el fuego hereditario que creía muerto. La embriagaban músicas celestes y veía su regia partida, llevándose la aquél hijo de príncipes y haciéndola reina de un reino remoto, y ella siguiéndole, colgada de su cuello, descansando en su pecho y en un estremecimiento tal de pasión ignorante, que todo su cuerpo desfallecía de felicidad. ¡No ser más que ellos dos, y abandonarse al galope de los caballos, huir y desaparecer abrazados!

—No me llevo nada, ¿verdad? ¿Para qué?

Feliciano ardía con su misma fiebre, y estaba ya en la puerta.

—No, nada. Vamos pronto.

—Sí, vamos. Esto es...

Y ya estaba junto á él; pero se volvió para dar una última mirada á su cuarto. Ardía la lámpara con la misma dulzura pálida; continuaba floreciendo el ramo de hortensias y malvarrosas, y una rosa sin concluir; pero viva, parecía esperaba en medio del bastidor. Y más que esto; nunca el cuarto le había parecido tan blanco: las paredes blancas, blanco el lecho, el piso blanco como si estuviera lleno de un aliento blanco.

Algo vaciló dentro de ella, y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla que estaba á su lado, junto á la puerta.

—¿Qué tienes? le preguntó Feliciano, inquieto.

Angélica no contestó; respiraba con dificultad: luego sintió un estremecimiento, dobláronse las piernas, y tuvo que sentarse.

—No te apures, no es nada. Descanso un momento, y nos vamos.

Calláronse. Angélica miraba todo el cuarto, como si dejase en él algo precioso que no sabía qué era. Era como una pena, primero ligera y que luego crecía, y la ahogaba poco á poco. No recordaba. ¿Era la blancura aquella la que la retenía? Siempre había gustado del color blanco, y de niña robaba las sobras de seda blanca para darse el gusto de mirarlas á escondidas.

—Un momento, un minuto más, y nos vamos, dueño mío.

Pero no hacía el menor esfuerzo para levantarse. Feliciano, ansioso, se puso de rodillas delante de ella:

—¿Te sientes mal? ¿No puedo hacer nada por aliviarte? Si tienes frío, cogeré tus piecitos entre mis manos y te los calentaré hasta que estén bastante fuertes para correr.

Angélica movió la cabeza.

—No, no; no tengo frío. Podré andar. Espera un minuto; nada más que un minuto.

Feliciano comprendía que invisibles cadenas la ataban

con tal fuerza, que quizá dentro de un minuto no podría arrancarla. Y si no se la llevaba en seguida, pensaba en la inevitable lucha con su padre al día siguiente, y en aquella ruptura, cuya sola idea le acordaba hacia tantas semanas.

Y entonces insistió con ardiente súplica.

—Ven; los caminos están negros a esta hora, y un coche nos llevará en medio de las tinieblas, y nos iremos lejos, muy lejos, mecidos y dormidos uno en brazos de otro, como en un nido de pluma, sin temor al frío de la noche. Y cuando salga el día seguiremos corriendo á la luz del sol, más lejos, hasta que lleguemos al país donde reina la felicidad. Nadie nos conocerá; viviremos aislados, ocultos en el fondo de algún inmenso jardín, sin otra preocupación que la de amarnos más cada día que pase. Habrá allí flores, grandes como árboles, y frutas más dulces que la miel. Y viviremos de nada, en aquella primavera divina: viviremos de nuestros besos, alma mía!

Angélica se estremeció al contacto de aquel ardiente amor, que la quemaba la cara. Su ser desfallecía al pensar de los goces prometidos.

—Sí, en seguida. Dentro de un rato.

—Y luego, si los viajes nos cansan, volveremos aquí; levantaremos las paredes del castillo de Hauteceur, y en él acabaremos nuestros días. Es mi ensueño. Toda nuestra fortuna, si es necesario, la destinaremos á esto, con las manos abiertas. Nuevamente la torre del Homenaje mandará sobre los dos valles. Viviremos en la habitación de honor, entre la torre de David y la torre de Carlomagno. El coloso surgirá entero como en los días de su poderío, con las cortinas, los edificios, la capilla, con el lujo bárbaro de antaño. Y quiero que en él vivamos como en los tiempos antiguos, tú princesa y yo príncipe, en medio de los hombres, de armas y de pajes. Nuestros muros, de quince pies de espesor, nos aislarán del mundo: viviremos en plena leyenda. Se

ocultará el sol tras de los collados; nosotros volveremos de la caza, en grandes caballos blancos, entre el respeto de las poblaciones. Suena el cuerno: baja el puente levadizo. Por la noche, en nuestra mesa hay reyes. Luego, nuestra cama está en un estrado, y tiene un dosel como un trono. Suenan músicas lejanas, dulcísimas, y nos dormimos en brazos el uno del otro, entre púrpura y oro.

Estremecida, ahora Angélica sonreía con orgulloso placer, luchando con su dolor, que volvía, se enseñoreaba de ella, borrando la sonrisa de su boca, dolorosamente contrahida. Con un gesto maquinal apartó las tentadoras visiones, y entonces Feliciano con nuevo ardor trató de cogerla, de hacerla suya, entre sus brazos locos.

—Ven, sé mía. Huyamos; olvidémoslo todo en medio de nuestra dicha.

Pero Angélica se separó de él bruscamente, con una rebelión instantánea, y de pie, dejó escapar de sus labios este grito:

—No, no; no puedo, no puedo.

Y todavía se lamentaba, atormentada por la lucha, dudando balbuciente:

—Te lo ruego; sé bueno; no me des prisa. Espera. Yo bien quisiera obedecerte para probarte que te amo y marchar colgada de tu brazo á los hermosos países lejanos y vivir regimiento y juntos en el castillo de tus ensueños. Antes esto me parecía fácil, y muchas veces he maquinado el plan para escapar. Y ahora, ¿qué he de decirte? Me parece imposible. Como si de pronto hubieran tapiado la puerta y no pudiera salir.

Feliciano quiso aturdira de nuevo; pero ella le hizo callar con un ademán.

—No, no hables. ¿Qué cosa tan singular! A medida que me dices esas cosas tan dulces y tan tiernas, que deberían, convencerme, el miedo se apodera de mí y el frío me hiela. Dios mío, ¿qué tengo? Son tus palabras

que me apartan de tí. Si prosigues, no podré verte. Espera, espera un poco.

Y echó á andar lentamente por el cuarto, ansiosa, tratando de tomar posesión de sí misma, mientras que Feliciano, inmóvil, se desesperaba.

—Había creído no amarte ya, pero de seguro no era más que por despecho, puesto que hace poco, cuando te he vuelto ha encontrar á mis pies, mi corazón ha saltado y mi primer impulso ha sido el de seguirte, como una esclava. Entonces, si te amo, ¿por qué me causas miedo? ¿Quién me priva de dejar este cuarto, como si manos invisibles me sujetasen por todo el cuerpo y por cada uno de los cabellos?

Se detuvo cerca de la cama, y volvió hacia el armario, y fué de este modo á todos los muebles, uno por uno. Seguramente había lazos secretos que los ataban á su persona. Sobre todo las paredes blancas, la gran claridad del techo aguardillado, la rodeaban de una atmósfera de candor, como si fuese un traje que sólo llorando pudiera desdiseñarse. Ya para siempre todo aquello formaba parte de su ser: el medio ambiente la había penetrado. Y lo sintió más todavía cuando se halló junto al bastidor que estaba al lado de la lámpara. Su corazón se fundía viendo empezada la rosa, que no acabaría nunca si salía de aquel modo como un criminal.

Despertaba en su memoria el recuerdo de los años de trabajo, aquellos años de prudencia y de dicha, aquella larga costumbre de quietud y de honestidad, que la idea de una fuga, del brazo de su amante, trastornaba. Y era que cada día la fresca casita de los bordadores, la vida activa y pura que en ella llevaba; lejos del mundo, habían poco á poco renovado la sangre de sus venas.

Pero Feliciano, sintiendo que la reconquistaban las cosas, quiso precipitar la marcha.

—Ven, las horas pasan: dentro de poco ya no podremos.

Entonces hizose la luz en Angélica.

—Ya es tarde. Ya ves que no puedo seguirte. Antes había en mí una orgullosa y una apasionada, que te hubiera abrazado, loca, para que te la llevaras. Pero me han cambiado: ni yo misma me encuentro. ¿No oyes que en este cuarto todo me dice á voces que me quede? Y ya no siento rebelión alguna: mi única alegría es ya la obediencia.

Sin hablar, ni intentar discutir con ella, Feliciano trataba de cogerla y llevársela como una niña desobediente. Pero Angélica huyó y se dirigió hacia la ventana.

—No, por favor, déjame. Hace poco te hubiera seguido, pero era la última rebelión: poco á poco, sin yo quererlo, la humildad y la resignación que han puesto en el fondo de mí ser deben haberse amontonado; por esto á cada nuevo ataque de mi pecado original, la sacudida iba siendo menos fuerte y triunfaba de mí misma con más facilidad. Y ahora ha venido la suprema sacudida y me siento vencida. ¡Ah, mi adorado señor! ¡Te amo tanto! No hagamos nada contra nuestra felicidad. Para ser dichosos hay que someterse.

Y como Feliciano diese otro paso, se encontró junto á la ventana abierta de par en par.

—¿No me obligarás á que me arroje por la ventana? exclamó Angélica. Escucha y comprende que conmigo está todo lo que me rodea. Las cosas me hablan hace mucho tiempo: oigo voces, y nunca las he oído tan distintas como ahora. Mira: es todo el Cercado de María que me alienta á no destruir mi existencia y la tuya, entregándome á ti contra la voluntad de tu padre. Esta voz que canta es el Temblón, y tan clara y fresca, que parece que ha puesto en mí su pureza cristalina. Esta voz de multitud, tierna y profunda, es la tierra toda, las hierbas, los árboles, toda la vida tranquila de este rincón sagrado, trabajando por la paz de mi propia vida. Y vienen voces de más lejos todavía, de los olmos del Palacio episcopal, de todo ese horizonte de ramas,

la más pequeña de las cuales se interesa por mi victoria. Y luego oye: esta gran voz soberana es de mi antigua amiga la Catedral, á cuyo lado he crecido, y que siempre vela por la noche. Cada piedra suya, las columnas de sus ventanas, las espadañas de sus contrafuertes, los botareles de su ábside, tienen murmullos que yo distingo, y hablan una lengua que entiendo. Escucha lo que dicen: que hasta en la muerte hay esperanza. Cuando uno se humilla, queda el amor, y triunfa. Y oye: hasta el mismo aire está lleno del susurro de las almas: son mis compañeras las vírgenes que llegan invisibles.

Y sonriendo levantaba la mano con un gesto de atención profunda. Todo su ser estaba como extasiado ante los mil rumores de la noche, esparcidos. Eran las vírgenes de la *Leyenda* que su imaginación evocaba como en su infancia, y cuyo vuelo místico brotaba del libro viejo de estampas primitivas, puesto sobre la mesa. Primero Santa Inés, vestida con sus cabellos y teniendo en el dedo el anillo de los desposorios del sacerdote Paulino. Y luego todas las demás, Santa Bárbara con la torre, y Santa Genoveva con sus corderos, Santa Cecilia con la viola, Santa Agueda con los pechos arrancados, Santa Isabel mendigando por los caminos, Santa Catalina venciendo á los doctores: un milagro hace á Santa Lucía tan pesada que mil hombres y cinco yuntas de bueyes no puedan arrastrarla á una casa mala. El gobernador, que quiere besar á Anastasia, se queda ciego. Todas, en la noche clara, vuelan, blanquecinas, el pecho todavía abierto por el hierro de los tormentos y brotando, en vez de sangre, ríos de leche: el aire es mas cándido, las tinieblas se iluminan como por una lluvia de estrellas. ¡Ah! Morir de amor como ellas, morir virgen, radiante de blanca, al primer beso del esposo.

Feliciano se acercó.

—Yo soy la realidad, Agélica, y me pospones á tus

ensueños

—¡Ensueños! . . . murmuró Angélica.

—Sí; porque si esas visiones te rodean, es porque tú las has creado. Ven: no pongas nada de ti misma en las cosas que te rodean, y verás cómo se callan.

Angélica se exaltó,

—¡Oh, no! ¡Que hablen, que hablen más alto! Son mi fuerza, y me dan alientos para resistir. Son la gracia, que nunca me ha marcado con tanta energía. Si todo no es más que un ensueño, el ensueño que he puesto en todo lo que me rodea, y que ahora vuelve á mí, ¿qué importa, si me salva y si me lleva sin mancha á través de apariencias fantásticas? ¡Ah! Renuncia; obedece como yo. No quiero seguirte.

Y á pesar de su debilidad se irguió resuelta, inven cible.

—¡Pero te han engañado: han llegado á mentir para desunirnos!

—Las faltas de los demás no autorizan las nuestras propias.

—¡Ah! ¡Tu corazón se ha apartado de mí; ya no me amas!

—Sí, te amo, y no lucho contigo más que por nuestro amor y nuestra dicha. Logra el consentimiento de tu padre, y te seguiré.

—Tú no conoces á mi padre. Sólo Dios podría doblegarle . . . Entonces, dime: ¿todo ha concluido? Si mi padre me manda casarme con Clara de Voincourt, ¿debo obedecerle?

Angélica vaciló al recibir este último golpe, y no pudo contener una queja:

—¡Ah, es demasiado! Te lo ruego. ¡Vete, no seas cruel! ¿Por qué has venido? Ya me había resignado y me había hecho al dolor de que no me amases. Ahora vuelves tú, y vuelve de nuevo el martirio. ¿Cómo quieres que viva ahora?

Feliciano creyó posible una última debilidad, y repitió:

—¿Si mi padre quiere que me case? . . .

Luchando con su sufrimiento, Angélica pudo todavía continuar de pie, mientras se le partía el corazón, y luego, arrastrándose hacia la mesa como para abrirse paso:

—Cásate con ella. Hay que obedecer, dijo.

Feliciano se halló junto á la ventana, pronto á partir, ya que le despedía.

—¿Y si te mueres? gritó.

Angélica, ya más tranquila, murmuró con pálida sonrisa:

¡Oh! ¡Casi está ya hecho!

Un momento más la miró, tan blanca y tan delgada, que el menor soplo parecía que había de llevársela como una pluma; hizo un ademán de resolución airada, y desapareció en la oscuridad.

Angélica, apoyada en el respaldo del sillón, cuando hubo partido, tendió con desesperación las manos hacia las tinieblas. Hondos sóllozos agitaron su cuerpo, y sudor de agonía empapó su rostro. ¡Dios mío! Se había acabado. No le vería más. Su mal se había otra vez enseñoreado de ella: su energía, rota, cedía.

Con mucha dificultad pudo alcanzar el lecho, en el cual cayó victoriosa y sin aliento. A la mañana siguiente la encontraron expirando. La lámpara se había apagado por sí misma al amanecer, en medio de la triunfal blancura de la habitación.

XIII

Angélica se moría. Eran las diez de una clara mañana de fin de invierno: el tiempo era fresco, y el cielo blanco con la alegría de un sol radiante. En la gran cama regia, con cortinas de indiana rosada, la enferma, que no había vuelto en sí desde el día anterior, yacía inerte. Echada sobre la espalda, con las dos manecitas de marfil sobre la sábana, no había vuelto á abrir los ojos, y su perfil finísimo se había adelgazado bajo el nimbo dorado de sus cabellos. A no ser por el débil aliento que despedían sus labios, hubiérase dicho que abía ya muerto.

El día anterior se encontró muy mala, y confesó y comulgó. A eso de las tres, el buen Padre Cornille le había llevado el Viático. Luego, por la tarde, sintiendo que la muerte poco á poco la iba hclando, manifestó vehementes deseos de recibir la Extremaunción, la medicina celeste instituida para la curación del alma y del cuerpo. Antes de perder el conocimiento, sus últimas palabras, que fueron un débil murmullo recogido por Hubertina, habían balbuceado el deseo de los santos Oleos, pero en seguida, para que llegaran á tiempo; la noche abanzaba, y se esperó al día: el sacerdote, que fue avisado, iba á llegar.

Todo estaba preparado: los Hubert acababan de a-

rreglar la habitación, que á la luz del alegre sol que á aquella hora temprana bañaba los cristales, tenía, con la desnudez de sus blancas paredes, una blancura de aurora. Habíase cubierto la mesa con una blanca sábana, en la cual, á derecha é izquierda de un Crucifijo, ardían dos cirios en los candelabros de plata que se habían subido del salón: había además agua bendita y un hisopo, una palangana de agua con su jarro, y una servilleta y dos platos de porcelana blanca, el uno lleno de copos de algodón, y el otro de cucuruchos de papel blanco. Se habían buscado flores por todos los invernaderos de Beaumont de la Ciudad, y no se había encontrado más que peonías inodoras, grandes peonías blancas cuyas enormes copas adornaban la mesa como si fueran blancos encajes. Y en aquella blancura, comentada así más y más, Angélica, expirante, seguía respirando con débil aliento, cerrados los párpados.

El Dr. en la visita que hizo muy de mañana, dijo que no pasaría el día. De un momento á otro moriría sin recobrar el conocimiento. Y los Hubert esperaban resueltos y graves, presa de muda desesperación. La cosa tenía que suceder, á pesar de sus lágrimas. Si habían querido aquella muerte, prefiriendo verla muerta á verla rebelde, es que Dios lo quería como ellos, y ahora ya no estaba en poder suyo el evitarlo. No podían hacer otra cosa que someterse. No se arrepentían de nada, pero se morían de pena. Desde que estaba allí agonizando, la habían cuidado, no queriendo ayuda de nadie. Y en aquella última hora se hallaban solos, esperando.

Hubert, maquinalmente, abrió la puerta de la cocinilla, cuyo ronquido parecía una queja: reinó el silencio: una suave claridad hacía palidecer las peonías. Hacía un rato que Hubertina escuchaba los ruidos de la Catedral á través de las paredes. Un toque de campana hizo vibrar las viejas paredes: era, sin duda, que el Padre Cornille salía de la Iglesia con los Santos Oleos, y

bajó para recibirle en el dintel de la puerta. Transcurrieron dos minutos; un largo murmullo llenó la estrecha escalera de la torrecilla, y en la tibia habitación, Hubert, lleno de asombro, se echó á temblar, y un temor religioso, y quizá una postrera esperanza, le hicieron caer de rodillas.

En vez del viejo sacerdote, entró Monseñor, con roquete de encaje, la estola violada y el vaso de plata con el óleo de los enfermos, por él mismo bendecido el Jueves Santo. Sus ojos de águila seguían fijos: su bello semblante, bajo los espesos rizos blancos, conservaba cierta majestad. Detrás de él, como un simple sacristán, el Padre Cornille, con un crucifijo en una mano, y el Ritual bajo el otro brazo.

Desde el dintel, el Obispo dijo con voz profunda.

—*Pax huic domui.*

—*Et omnibus habitantibus in ea,* respondió en voz más baja el sacerdote.

Cuando entraron, Hubertina, que había subido tras de ellos, temblando también de emoción, fué á arrojarse junto á su marido. Los dos, prosternados, rezaron con toda su alma.

Al siguiente día de su visita á Angélica, Feliciano había tenido con su padre una terrible explicación. A primera hora de la mañana, forzando puertas, se hizo recibir en el mismo oratorio, en el que rezaba todavía el Obispo después de una de aquellas noches de espantable lucha contra el pasado renaciente. En aquel hijo respetuoso, doblegado hasta entonces por el temor, surgió la rebelión, por tanto tiempo contenida, y fué rudo el choque que puso enfrente uno del otro á aquellos dos hombres, de la misma sangre, capaz de las mismas violencias. El viejo, levantándose de su reclinatorio, escuchó, las mejillas en seguida enrojecidas, de pie, callado en una obstinación altanera; el joven, también con el fuego en la cara, vació su corazón y habló con una voz que poco á poco crecía y tronaba. Contó que Angélica estaba en-

ferma, en la agonía, y la crisis de ternura y de espanto, en que él había proyectado huir con ella, y como ella había negado á seguirle, con una sumisión y una castidad de santa. ¿No era un crimen dejar morir á aquella niña obediente que no quería recibirle más que de manos de su padre? Cuando ella hubiera podido tenerle á él, y á su título y su fortuna, había gritado que no, y había luchado, venciendo al fin á su pasión. Y él la amaba, la amaba también hasta morir, y se despreciaba á sí mismo de no estar á su lado para morir juntos, en el mismo aliento. ¿Sería tan cruel que quisiera ver la muerte desdichada de los dos, cuando una palabra, una sola palabra podía dar tanta felicidad? —El orgullo del nombre, la gloria del dinero, la tenacidad de la voluntad, ¿pesaba esto nada cuando se trataba de hacer felices á dos seres? Y juntaba y retorcia sus manos temblorosas, fuera de sí, exigiéndole el consentimiento, todavía suplicante, pero ya amenazador.

Y el Obispo, llena la cara de sangre, los labios hinchados y con llamas en los ojos, no dijo más que la palabra eterna de su omnipotencia:

—¡Nunca!

Entonces Feliciano, rebelde, deliró y perdió toda consideración: habló de su madre, y fustigó al padre con su recuerdo de la muerta. Era ella, que despertaba en su hijo para reclamar los derechos de la pasión. ¿De modo que su padre no le había amado y hasta se había alegrado de su muerte, cuando ahora era tan duro para los que se amaban y querían vivir? Pero no; por más que se hubiera petrificado en la resignación del culto, surgiría de nuevo para torturarle, ya que atormentaba al hijo que había tenido de ella. Allí estaba la muerta siempre, ya que el hijo vivía y quería existir en los hijos de su hijo para siempre. La mataba otra vez, negando á su hijo la desposada que había elegido, la que debía continuar la raza. Cuando se ha contraído matrimonio con la mujer, no se puede contraer con la Igle-

sia. Y ante su padre, inmóvil, engrandecido en un espantoso silencio, lanzó á su cara las palabras de perjurio y asesino. Luego, aterrado y vacilante, huyó.

Cuando Monseñor quedó solo, como si le hubieran clavado un puñal en medio del pecho, giró sobre sí mismo, y cayó en tierra, de rodillas, en el reclinatorio. Un estertor espantoso brotaba de su garganta. ¡Ah! ¡las miserias del corazón, las invencibles debilidades de la carne! Aquella mujer, aquella muerta, sin cesar re-sucitada, le adoraba como el primer día en que besó sus blanquísimos pies, y al hijo le adoraba también, como algo de ella misma, de su propia vida que la muerte le había dejado; y aquella joven, la pobre muchachita que rechazaba, la adoraba también con la adoración que su hijo sentía hacia ella. Y ahora los tres entenebrecían sus noches. Sin que hubiese querido confesárselo, le había impresionado en la Catedral la bordadorcilla, tan sencilla, con sus cabellos de oro y su fresca nuca, oliendo á sana juventud. Y la volvía á ver y pasaba delicada, pura, en su triunfante sumisión. El remordimiento no hubiese hecho presa de él con marcha más cierta ni más conquistadora.

En vano la rechazaba en alta voz: sabía que había robado su corazón con sus débiles manos, estropeadas por la aguja. Y mientras Feliciano, lleno de violencia, suplicaba, había visto detrás de su rubia cabeza á las dos mujeres adoradas, la que lloraba y la que moría por su hijo. Las dos eran todo su amor, y no hubiese podido decir dónde encontraba ánimo para resistir tanto: todo su ser se sentía atraído por ellas. Y rendido, sollozando, no sabiendo donde hallar alma, pedía al cielo que le diera valor parra arrancarse el corazón, puesto que éste ya no era de Dios.

Monseñor oró hasta la noche: cuando reapareció, tenía su faz la blancura de la cera; estaba destrozado pero resuelto. Nada podía, y repitió la terrible palabra: *Nunca*. Dios sólo podía levantarle el juramento, y Dios

implorado, callaba. Había que sufrir.

Transcurrieron dos días: Feliciano vagaba por los alrededores de la casita de los bordadores, loco de dolor, siempre acechando noticias. A cada persona que salía de la casa desfallecía de temor. Por esto, la mañana en que Hubertina corrió á la iglesia á pedir los Santos Oleos, supo que Angélica no pasaría del día.

El Padre Cornille no estaba allí, y anduvo buscándole por toda la ciudad, como si en él pusiera la postrera esperanza del auxilio divino. Luego, al volver con el buen sacerdote, desvaneciéndose su ilusión y cayó presa de duda y de ira. ¿Qué hacer? ¿Por qué medio obligar al cielo á que interviniese? Huyó, se hizo abrir nuevamente las puertas del Palacio episcopal, y el Obispo se llenó de espanto al ver la incoherencia de sus palabras. Luego comprendió: Angélica agonizaba y esperaba la Extremaunción. Sólo Dios podía salvarla.

Feliciano no se había presentado ante él más que para decirle á voces su dolor y romper con aquel padre abominable, lanzándole en pleno rostro aquel crimen.

Pero el Obispo le escuchó sin cólera, alto y grave, los ojos repentinamente iluminados por un rayo de luz, como si una voz hubiera al fin hablado de lo alto. Y le hizo la señal de que pasara adelante, y le siguió, diciendo:

—*Si Dios quiere, quiero yo.*

Feliciano sintió un hondo estremecimiento: su padre consentía, al fin se resignaba su voluntad y se sometía al milagro. Cegáronle las lágrimas, en tanto que Monseñor en la sacristía tomaba los Santos Oleos de las manos del Padre Cornille, y les acompañó vacilante y sin atreverse á penetrar en el cuarto. Cayó de rodillas en el dintel, junto á la puerta, abierta de par en par.

—*Pax huic domui.*

—*Et omnibus habitantibus in ea.*

Monseñor dejó los Santos Oleos sobre la mesa blanca, entre los dos cirios, y trazando en el aire la señal de

la cruz con el vaso de plata. Luego tomó de las manos del sacerdote el crucifijo, y lo acercó á la enferma para que lo besara. Pero Angélica seguía sin conocimiento, con los párpados cerrados, la boca cerrada las manos tiesas, semejante á las delgadas y rígidas estatuas de piedra, tendidas sobre las tumbas. Miróla un instante, y vió por el débil aliento que no estaba todavía muerta: púsole el crucifijo en los labios.

Esperaba, y su semblante conservaba la majestad del ministro de la penitencia, sin que en él apareciera la menor emoción humana cuando vió que no se habían estremecido los cabellos de luz y el fino perfil de la moribunda. Sin embargo, vivía, y esto bastaba para el perdón de los pecados.

Monseñor tomó entonces de manos del sacerdote la pila de agua bendita y el hisopo, y echó agua bendita sobre la moribunda, leyendo las palabras latinas:

—*Asperges me, Domine, hyssopo, et mundabor; lavabis me, et super nivem dealbabor.*

Las gotas caían y refrescaban la cama toda como rocío. Llovieron sobre los dedos y las mejillas; pero una á una resbalaron como por el marmol insensible.

El Obispo volvióse hacia los presentes, y á su vez les hisopeó. Hubert y Hubertina, arrodillados uno al lado del otro, impregnados de purísima fé, se inclinaron bajo el rocío de aquella bendición. Y el Obispo bendijo también el cuarto y los muebles, y las blancas paredes, toda aquella desnuda blancura. Cuando al pasar junto á la puerta vió á su hijo postrado en el dintel y sollozando con la cara entre sus manos ardientes, con un lento ademán levantó tres veces el hisopo, derramando sobre él suave lluvia.

Aquella agua bendita, extendida por todas partes, era para ahuyentar los espíritus malignos, que vuelan invisibles por millones de millones.

En aquel momento un pálido rayo del sol de invierno se deslizó hasta el lecho, y todo un vuelo de átomos, de

polvillos ágiles, parecían vivir en él innumerables, y que habían descendido de un ángulo de la ventana como para bañar con su tibia multitud las manos frías de la moribunda.

Vuelto á la mesa, Monseñor dijo la oración:

—*Exaudi nos...*

No se apresuraba: la muerte estaba allí entre las cortinas de indiana desteñida, pero sentía que no tenía prisa y esperaría. Y á pesar de que en el anonadamiento de su ser Angélica no podía oírle, hablóla y le preguntó:

—¿No tienes nada en la memoria que te pese? Confiesa tus pecados; aliviate de su pesadumbre.

Tendida, seguía guardando silencio; y después de dar algún tiempo para que le contestara, empezó la exhortación con la misma voz llena, sin parecer que supiese que ni una sola de sus palabras llegaba hasta ella.

—Recógete, hija mía, y pide perdón á Dios. El Sacramento te purificará y te dará nuevas fuerzas. Y tus ojos se tornarán claros, y tus orejas castas y tu nariz fresca, y tu boca santa, y tus manos inocentes...

Dijo hasta el fin todo lo que tenía que decir, y Angélica apenas respiraba, y ni una pestaña de sus párpados cerrados se movía.

Luego mandó.

—Reza el Credo.

Y después de un rato de esperar, lo rezó él.

—*Credo in unum Deum.*

—*Amén.* respondió el Padre Cornille.

Se veía siempre en el dintel á Feliciano, llorando entre hondos sollozos en el enervamiento de la esperanza. Hubert y Hubertina lloraban con el mismo ademán temeroso, como si sintieran caer sobre ellos todas las potencias desconocidas. Hubo un momento de descanso, el balbuceo de una oración, pero luego empezaron las Letanias del ritual, la invocación á los Santos y á las Santas, todos los *Kyrie eleison*, llamando al cielo, todo en auxilio de la miserable humanidad.

Luego se callaron todos, y reinó un profundo silencio. Monseñor se lavó los dedos con algunas gotas de agua que el sacerdote le echó del jarro. Y luego, cogiendo el vaso de los Santos Oleos, levanto la tapa y se colocó enfrente de la cama.

Era la solemne aproximación del Sacramento, del último Sacramento, que borra todos los pecados mortales ó veniales no perdonados, que quedan en el alma después de haber recibido los otros Sacramentos: antiguos restos de pecados olvidados, pecados cometidos sin saberlo, pecados de indolencia que impiden restituirse firmemente en la gracia de Dios. ¿Y de dónde vienen? De fuera, de aquel rayo de sol, del polvo flotante que parecía llevar gérmenes de vida hasta aquel blanco y fresco lecho de muerte de una virgen.

Monseñor se recogió, mirando á Angélica y cerciorándose de que no había cesado de respirar. Al verla tan demacrada, bella como un ángel y casi inmaterial, luchaba todavía contra toda emoción humana. Su dedo pulgar no tembló al mojarlo en los Santos Oleos y empezar las unciones en las cinco partes del cuerpo en que residen los sentidos, las cinco ventanas por las cuales el mal penetraba en el alma.

Primero en los ojos, sobre los párpados cerrados; primero el derecho, y luego el izquierdo: el dedo hizo en ellos ligeramente la señal de la cruz:

—Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quicquid per visum deliquisti.

Y fueron perdonados todos los pecados de la vista: las miradas lascivas, las curiosidades deshonestas, las vanidades de los espectáculos, las malas lecturas, las lágrimas por disgustos pecaminosos. ¡Y Angélica no conocía otro libro que la *Leyenda*, ni más horizonte que el ábside de la Catedral, que le cerraba el resto del mundo! ¡Y no había llorado más que en la lucha de la obediencia contra la pasión!

El Padre Cornille tomó un copo de lana, enjugó los párpados, y luego lo metió en uno de los cucuruchos de papel blanco.

Luego Monseñor ungió las orejas, de lóbulos transparentes como nácar; primero el derecho y luego el izquierdo, mójandolos levemente con la señal de la cruz:

—Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quicquid per auditum deliquisti.

Y toda la abominación del oído fué perdonado; todas las palabras y músicas que corrompen, y las maledicencias, y las calumnias, y las blasfemias, y las frases licenciosas oídas con complacencia, y las mentiras de amor, que sirven para que el deber sea vencido, y los cantos profanos, que exaltan la carne y los violines de las orquestas llorando voluptuosidad bajo las arañas de los salones. ¡Y en su aislamiento claustral, Angélica no había oído ni los chismes maldicientes de las vecinas, ni los juramentos del carretero que pega á sus caballos! ¡Y no tenían en sus oídos más música que los santos cantares y el mugir de los órganos, y el susurro de las oraciones que hacían vibrar la capsa fresca adosada á la iglesia!

El sacerdote, después de enjugar las orejas con un copo de lana, lo metió en uno de los cucuruchos de papel blanco.

Luego Monseñor pasó á la nariz, la ventana derecha y la izquierda, que parecían dos pétalos de rosa blanca, que su dedo pulgar purificaba con la señal de la cruz:

—Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus, quicquid per odoratum deliquisti.

Y el olfato volvió á su primitiva inocencia, limpio de toda mancha, no sólo de la vergüenza carnal de los perfumes y de la seducción de las flores con perfumes demasiado suaves y los olores que flotan en el aire y que adormecen el alma, sino también de las faltas del

olfato interno, el mal ejemplo dado á otros, la fiesta contagiosa del escándalo. ¡Y Angélica, recta y pura, había acabado por ser un lirio entre los lirios, un lirio grande cuyo perfume fortalecía á los humildes y regocijaba á los fuertes! ¡Y precisamente era cándida y delicada, hasta el punto de que no podía resistir los clavos ardientes, las lilas almizcladas, los jacintos que dan fiebre, y sólo estaba á gusto entre las flores tranquilas, las malvarrosas y las margaritas!

El sacerdote enjugó la nariz y metió el copo de lana en otro cucurucho.

Luego monseñor, bajando á la boca, que apenas entreabría un débil aliento, hizo en el labio inferior la señal de la cruz.

—*Per istam sanctam unctionem et suam püssiman misericordiam, indulgeat tibi Dominus, quidquid per gustum deliquiste.*

Y su boca ya no era otra cosa que un cáliz de inocencia, porque ahora lo que se perdonaban eran las bajas satisfacciones del gusto, la gula, la sensualidad del vino y de la miel, y, sobre todo, el perdón de los crímenes de la lengua, la universal culpable, la provocadora, la envenenadora, la que hace las riñas y las guerras, y los errores, las palabras falsas que hasta el mismo cielo ennegrecen. ¡Y la gula no había sido nunca vicio suyo y había llegado, como Santa Isabel, á nutrirse sin distinguir los alimentos: ¡Y si vivía en el error, era su ensueño que la había inducido, la fe en un más allá, el consuelo de lo invisible, todo el mundo encantado por su ignorancia creado y que había hecho de ella una santa!

El sacerdote, después de enjugar la boca, metió el copo de lana en el cuarto cucurucho.

Finalmente, Monseñor, á derecha é izquierda, ungió las palmas de las dos manecitas de marfil, abiertas sobre la sábana, y borró sus pecados con la señal de la cruz.

—*Per istam sanctam unctionem et suam püssiman misericordiam, indulgeat tibi Dominus, quidquid per tactum deliquisti.*

Y el cuerpo era ya blanco, limpio de sus últimas manchas, las del tacto, las que manchan más, los hurtos, las pendencias, los homicidios, sin contar los pecados de las otras partes omitidas; el pecho, los costados, los pies, también perdonados por la unción, toda lo que arde y ruge en la carne: la cólera, el deseo, nuestras pasiones desenfrenadas, los muladares adonde corremos, los goces prohibidos por los que suspiran las partes todas del cuerpo. ¡Y desde que allí estaba muriendo de vencerse, había abatido su violencia, su orgullo y su pasión, como si no hubiera llevado consigo el pecado original más que para tener la gloria de triunfar de él! ¡Y ni siquiera sabía que había tenido deseos, que su carne había gemido de amor, que el hondo estremecerse de sus noches podía ser pecaminoso! ¡Tan blindada estaba por su ignorancia con el alma blanca, blanca toda ella!

El sacerdote enjugó las manos, hizo desaparecer el copo de lana en el último cucurucho de papel blanco, y quemó los cinco cucuruchos, arrojándolos al fuego de la estufa.

La ceremonia había terminado, y Monseñor se lavó los dedos antes de decir la oración final. Sólo le restaba exhortar á la moribunda, poniendo en su mano el cirio simbólico para ahuyentar á los demonios y demostrar que acababa de recobrar la inocencia del bautismo. Pero Angélica seguía rígida, los ojos cerrados, la boca cerrada, como muerta. Los Santos Oleos habían purificado su cuerpo; las señales de la cruz habían dejado huellas en las cinco ventanas del alma, sin que hicieran subir á sus mejillas una ola de vida. Implorado, esperado, el milagro no se producía. Hubert y Hubertina continuaban arrodillados, uno al lado del otro, sin rezar, mirando con los ojos fijos, tan ardentemente que se hu-

biera dicho que estaban petrificados para siempre, como esas estatuas de donantes piadosos que aguardan la resurrección en el ángulo de un viejo ventanal. Feliciano, arrastrándose sobre sus rodillas y ya en la misma puerta, había cesado de sollozar, con la cabeza levantada, irritado ante la sordera de Dios.

Por última vez, Monseñor se acercó á la cama, seguido del Padre Cornille que tenía encendido en la mano el cirio que había que poner en la mano de la enferma.

Y el Obispo, empeñado en ir hasta el fin del rito para dejar á Dios tiempo para obrar, pronunció la fórmula:

—*Accipe lampadem ardentem, custodi unctionem tuam, ut cum Dominus ad iudicandum veniet, possis occurrere ei cum omnibus sanctis, et vivas in secula seculorum.*

—*Amén*, respondió el sacerdote.

Pero cuando trataron de abrir la mano de Angélica y de apretarla contra el sirio, la mano inerte cayó sobre el pecho.

Y entonces Monseñor fué presa de un gran temblor. Era la emoción, tanto tiempo contenida, que desbordaba en él, arrastrando las últimas rigideces del sacerdocio.

Había amado á aquella pobre niña desde el día en que fué á sollozar, á suspirar, pura, oliendo á la frescura de la juventud.

Y ahora le daba tanta lástima con la palidez del sepulcro y con una belleza tan dolorosa, que no podía dirigir sus ojos á la cara sin que su corazón se anegara silenciosamente de dolor. Y ya cesó de contenerse; dos gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas. No debía morir así: al fin se sentía vencido por el encanto de su muerte.

Y Monseñor, recordando los milagros de su raza y el poder que el cielo le había concedido de curar, pensó que sin duda Dios esperaba su consentimiento de padre. Invocó á Santa Inés, ante la cual todos los suyos habían siempre rezado, y como Juan V de Hautecœur,

yendo a la cabecera de los moribundos á besarles, oró y besó á Angélica en la boca.

—Si Dios quiere, yo quiero.

Repentinamente, Angélica abrió los ojos y le miró sin sorpresa, al despertar de su largo desvanecimiento, y sus labios tibios, con el calor del beso, sonrieron. Eran aquellas las cosas que debían realizarse, y quizá acababa de soñar con ellas una vez más, encontrando muy natural que Monseñor estuviese allí para desposarla con Feliciano, ya que la hora había llegado.

Y por sí misma se sentó en medio de la gran cama regia.

El Obispo, radiante y conservando en sus ojos el resplandor del prodigio, repitió la fórmula.

—*Accipe lampadem ardentem...*

—*Amén*, contestó el sacerdote.

Angélica, tomó el cirio encendido, y lo sostuvo recto, con mano firme. Había vuelto la vida, y la llama ardía claramente, ahuyentando los espíritus de la noche.

Un grito atravesó la habitación, Feliciano se puso de pie, como levantado por la ráfaga del milagro, mientras que los Hubert, como si el mismo aliento les hubiera derribado, seguían de rodillas, los ojos abiertos de admiración, la cara extrañada ante lo que acababan de ver. Se les había aparecido el lecho envuelto en viva luz, y todavía cosas blancas flotaban en el rayo del sol, como plumas blancas; y las paredes blancas, y todo el cuarto blanco, conservaban resplandores de nieve.

En medio, como un lirio refrescado y erguido sobre su tallo, Angélica despedía toda aquella claridad. Sus cabellos de oro le daban un nimbo ó una aureola: sus ojos, de color de violeta, lucían angelicalmente, todo un resplandor de vida irradiaba de su puro semblante. Y Feliciano, viéndole salvada, trastornado ante aquella gracia que el cielo les enviaba, se acercó y se arrojó junto á la cama:

—¡Ah, alma mía adorada! ¡Miranos: vives! Soy tuyo:

mi padre lo quiere, puesto que Dios lo ha querido.

Angélica inclinó la cabeza, y sonrió gozosamente.

—¡Oh! ya lo sabía y esperaba. Todo lo que he visto tiene que ser.

Monseñor, que había vuelto á su serenidad grave, puso de nuevo en sus labios el Crucifijo, que ahora Angélica besó cual sierva sumisa.

Luego, el Obispo con un gran gesto, por todo el cuarto y por encima de todas las cabezas, dió las últimas bendiciones, en tanto que los Hubert y el Padre Cornille lloraban.

Feliciano cogió una mano de Angélica, y en la otra manecita ardía, puesto en alto, el cirio de inocencia.

o

XIV

Se fijó la boda para los primeros días de Marzo.

Angélica continuaba muy delicada, á pesar de la alegría que irradiaba de todo su ser. Al principio, en la primera semana de convalecencia, quiso bajar al taller, empeñándose en dar fin al bordado en bajo relieve para la silla episcopal de Monseñor: decía alegremente que era su última obra de artesana, y que no se podía dejar un encargo en lo mejor. Pero fatigó aquel esfuerzo, y de nuevo tuvo que refugiarse en su cuarto, en el cual vivía tranquila y sonriente, sin la salud de antes, siempre blanca é inmaterial, como el día de la Unción, yendo y viniendo, con pasos menudos de fantasma, y descansando, pensativa, horas enteras de algún viaje largo, como, por ejemplo, ir de la mesa á la ventana.

Hubo que aplazar el matrimonio, acordando esperar su completo restablecimiento, que, gracias á los continuos cuidados, no podía tardar.

Todas las tardes subía Feliciano: con ellos estaban Hubert y Hubertina, y juntos se pasaban horas deliciosas, haciendo siempre los mismos proyectos. Angélica, sentada, se mostraba alegre y vivaracha, y era siempre la primera en hablar de los próximos días, tan ocupados, de los viajes, de la restauración del castillo